

El 15-M se consolida

El domingo 19 de junio se realizaron manifestaciones en la mayoría de las grandes ciudades españolas, convocadas por el movimiento 15-M. La participación en las mismas fue notablemente alta, con cifras que ya quisieran para sí muchas organizaciones políticas, sindicales o religiosas.

Es evidente que el calado de las protestas planteadas por el movimiento esta muy extendido. Y es lógico, porque los temas discutidos y propuestos no son ni tonterías, ni utopías irrealizables. De hecho muchas de las propuestas defendidas en las asambleas populares, no solo son plenamente realizables, sino que son hechos existentes en otros países, como lo han reconocido especialistas en política en distintos medios de comunicación.

Lo que no existe es voluntad en los políticos profesionales en implantar cambios que puedan poner en peligro su "poltrona". Una demostración más de lo extendida que está la corrupción.

Porque corrupción no solo consiste en que el político de turno "meta la mano en la caja pública", algo ya bastante habitual, o que facilite negocios a sus "amiguetes" o a las empresas más importantes, que corresponden financiando el partido o con regalos a los susodichos políticos. También es corrupción mantener en las listas de candidatos a quienes están encausados por posibles delitos, también es corrupción atrincherarse en un sistema electoral que desvirtúa la realidad política, beneficiado a los partidos mayoritarios y reduciendo, en muchos casos a cero, la representación de quienes no confían en ellos, y también es corrupción que no tengan el mismo valor los votos de los ciudadanos dependiendo del lugar de tu residencia, o que la voluntad del pueblo esté secuestrada por la voluntad de los "mercados" (léase personas que tienen el control sobre la riqueza), convirtiendo la supuesta democracia en una farsa.

Sí, todo eso, y muchas más cosas que me dejo en el tintero, es pura corrupción. Porque la corrupción es mentir, engañar al pueblo para favorecer los intereses de una minoría frente a las necesidades de la mayoría. Quienes afirman sin ruborizarse que este sistema económico y productivo es el mejor posible, simplemente nos toman por tontos y se ríen en nuestra cara.

Por eso la corrupción no se limita al los políticos. También alcanza a quienes, justificadamente o no, forman parte de su entorno, economistas, periodistas especializados, expertos muchas veces autotitulados, empresarios y un, desgraciadamente, largo etcétera. Sí, todos ellos, cual voz de su amo, alaban, justifican y exigen

medidas de austeridad que, como no, siempre tienen que soportar los de abajo, las clases medias y trabajadoras. Si este fuera un mundo justo, cosa que evidentemente no es, toda esa gentuza estaría en la cárcel y sería juzgada por crímenes contra la humanidad.

Así pues, motivos para la indignación, sobran. No es extraño que el movimiento iniciado el 15 de mayo haya tenido tal resonancia y se haya convertido en caja de resonancia del malestar generalizado existente en nuestra sociedad.

Porque ese malestar existe desde hace ya tiempo, y son muchas las personas que lo sienten, y que, hasta el momento, solo ha tenido una escasa vía de expresión, que en muchos casos se ha limitado a la abstención en los procesos electorales.

No nos engañemos, las frases triunfalistas de los dos grandes partidos no se corresponden a la realidad. En las recientes elecciones, el triunfo del PP, tan rimbombantemente cacareado, se corresponde con un soporte real de solo el 24,43% de las personas con derecho a voto, es decir menos de un cuarto de los posibles votantes.

Pero no están mejor las cosas para ambos partidos, si a elecciones generales nos remitimos. El "triunfo" del PSOE en las anteriores generales, hoy impensable, se limitó a convencer a un 32,18% de los posibles votantes (y ello contando con el "voto cautivo", el derivado del "mal menor" ante un posible triunfo del PP), quedando el PP en un 29,3% del mismo colectivo. Son datos que deberían hacer pensar a esos políticos profesionales que algo, más bien mucho, están haciendo mal.

Como decía, la expresión del desencanto se ha manifestado con la abstención, el voto nulo o en blanco. Pero llegó el 15-M, y con él una nueva vía de expresión de ese rechazo al modelo social y político impuesto.



Cabecera y cola de la manifestación

En Palma, ciudad poco proclive a manifestaciones políticas, la participación fue francamente alta. Lejos de las 6.000 personas apuntadas por algún medio de comunicación (no se si debido a presiones mediáticas tendentes a reducir la repercusión del hecho, o a una evidente y urgente necesidad de revisión ocular del periodista encargado de dar cobertura a la noticia), una doble estimación realizada por mi, me daba una cifra no inferior a 13.700 personas (área ocupada por densidad). Una cifra que en muy raras ocasiones se ha alcanzado (las movilizaciones contra la guerra también dieron lugar a una alta respuesta popular).



Pero además hay que tener en cuenta que, más allá de la participación en actos públicos, la coincidencia en los planteamientos y protestas es mucho más amplia.

Es cierto que como movimiento no estructurado y puramente asambleario, tiene una difícil expresión política, si a los órganos de representación y gobierno nos referimos. Pero no imposible. Caben dos posibilidades. Por una parte, el movimiento podría presentarse a las futuras elecciones, no como partido, sino como colectivo de ciudadanos y en base a un programa de mínimos, aquellos que las asambleas decidan. Los candidatos, y eso es lo más difícil, deberían ser elegidos por las asambleas y deberían comprometerse a la renuncia al posible escaño en caso de desviarse de la línea marcada por las resoluciones asamblearias. Los objetivos deberían ser claros y concretos, y su número limitado. Pretender un programa completo es pedir peras al olmo.

La otra alternativa sería que organizaciones políticas existentes, quizás hoy marginales, recogieran el testigo del movimiento 15-M y plantearan un programa electoral idéntico al expuesto. En ambos casos, solo





El mundo de la cultura y el pueblo unidos. Así debería ser siempre

solo podremos salir de ella rompiendo los esquemas habituales.

deberían apoyarse las propuestas tendentes a los objetivos del movimiento. Para pactismos políticos, ya tenemos partidos suficientes. Ha sido esta tendencia al pacto, fundamentada en el mal menor, lo que nos ha llevado a la actual situación, y

La verdadera función política de esos hipotéticos parlamentarios debería ser, exclusivamente, actuar de portavoces en el parlamento de las exigencias discutidas en las asambleas populares. Eso representaría romper el monopolio político de la democracia delegada, creando una situación altamente incómoda a los políticos profesionales, especialmente por mantener el poder real en la calle. Solo a través de la ruptura con el sistema político existente se podrá avanzar realmente hacia la democracia real.

La pelota está en el aire y solo el futuro nos dirá hacia donde cae, pero lo positivo es que algo ha cambiado en el mundo político, y eso abre un camino a la esperanza.